

El Cultivo Intensivo

DESDE que se produjo sobre la tierra el milagro de la siembra como recurso vital, hasta nuestros días, ha transcurrido tanto tiempo que su memoria se pierde en las penumbras de una lejanía que, no obstante, perdura en la actualidad como función económica esencial para el desarrollo de los pueblos.

El cultivo de la tierra, hoy día, ha alcanzado un grado de perfeccionamiento que conduce desde el elemental procedimiento de sembrar la semilla a mano y ejecutar todas las operaciones siguientes únicamente por medio del hombre, hasta el empleo progresivo de las herramientas y de los aparatos auxiliares, en los que las bestias tenían ya un empleo importante.

Después el ingenio humano introduce la maquinaria, simultáneamente con el empleo de la química y de la ingeniería. Ya en este punto se puede asegurar que la industria agrícola ha sido dominada por el hombre y que sus límites alcanzan proporciones relacionadas directamente con la capacidad de aquél para extraerle todas sus posibilidades.

El agua, factor esencial para la producción del campo, no está sujeta ya a la providencia de las lluvias, pues la ingeniería ha venido a prevenir las eventualidades de los años abundantes o escasos, construyendo las obras que almacenan el líquido, lo encauzan y lo distribuyen para derramarlo sobre

la tierra pródiga. La química ha enseñado a conocer la tierra y su composición indica el mejor cultivo que en ella debe hacerse y el cuidado con que debe guardarse y mejorarse por medio de abonos, para mantenerla siempre en condiciones de rendir un buen aprovechamiento.

Estos recursos han traído el enorme beneficio del cultivo intensivo; esto es: el mejor aprovechamiento de la tierra en clase de cultivos y su más intensa explotación en número de siembras. Es, por tanto, indispensable conocer la composición de la tierra, pues así se estará en condiciones de obtener las mejores cosechas, si la semilla que se siembra es la indicada para la clase de la tierra o si ésta se ha abonado con las sustancias químicas requeridas.

La evolución lograda hasta este punto no marca, desde luego, un límite final a la agricultura, pues la ciencia y la técnica continúan venturosamente sus conquistas y nadie puede predecir hasta dónde llegarán; pero los resultados prácticos, objetivos, nos los demuestran los países que, no obstante sus reducidas superficies, han encontrado en el cultivo intensivo de sus campos un renglón muy importante de su economía. Uno de los ejemplos más elocuentes se ha observado en la industriosa Holanda que ha llegado hasta el extremo de crear tierras cultivables, en zonas ganadas al mar, que aprovecha inteligentemente con la ayuda de la química y la ingeniería.

C. L.

